



JESÚS: HERMOSURA QUE EXCEDE A TODAS LAS HERMOSURAS. (Poesía 6).

Dos cosas tan desiguales. “Un bello resumen de antropología cristiana” (González Faus). Viviendo nuestra finitud besada envueltos en paradojas: perder para ganar, salvar la vida y perderla, tener por bien los males... Gracias a Dios la finitud se transforma en plenitud. Teresa vibra con este amor sorprendente. Así canta esta desigualdad Juan de la Cruz en los romances: “el llanto del hombre en Dios y en el hombre la alegría, lo cual del uno y del otro tan ajeno ser solía”.

La persona no quiere que Dios se vaya. Cuando Dios es nuestra vida, alimento y alegría no queremos que Él se vaya. Nos entra la nostalgia. Sin Él no sabemos ni queremos vivir. En ese encuentro, que se hace gemido, se nos recrea la esperanza. Atado a nosotros, nos da fuerza. “Sin mí no podéis hacer nada”. Con Jesús en nosotros somos capaces de llevar todo a bendición.

*Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada.*

Juntos andemos. Un diálogo de amor sin distracciones, se ha alejado el paisaje, se ha acallado toda voz. Solo el tú a Tú, amoroso, ocupa toda la escena. La persona está asombrada. Muy consciente de su pequeñez, ve que es introducida y colocada junto al amor. Hay una unión profunda con Dios.

Una apertura de luz en el horizonte. Algo se acaba aquí, seguimos en la finitud de lo humano, pero la experiencia de amor hace que no se acaba lo que se acaba y se prolongue hasta el infinito. Dios ama para la vida, ninguna muerte puede con Él. .

La nada engrandecida. Dios loco por nosotros. La plenitud abrazando lo pequeño. ¿Cómo será ese beso de Dios en nuestros labios? “Me recibo más que me hago”. Magnificat, Amén. Aleluya.

CIPE: www.cipecar.org

Teresa de Jesús confiesa no ser poeta y, sin embargo, siente a veces una presencia de Dios que la vuelve loca de amor y desencadena el torrente milagroso de los versos, haciéndola poéticamente provocativa. Sin la poesía, el vergel del Carmelo pierde flor y aroma. La poesía aúna y relaciona a unos con otros; permite darnos la mano en la hondura.

Cuando tiene cincuenta años, nos hace esta confidencia. “¡Válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé de persona que, con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas” (V 16,4). “Esto me parece debía sentir el profeta David, cuando tañía y cantaba con el arpa en alabanzas de Dios” (V 16,3).

Este poema, el más antiguo que conocemos de Teresa de Jesús, lo compuso hacia 1560, estando en casa de Doña Luisa de la Cerda en Toledo. “Ahora se me acuerda uno (un villancico) que hice una vez estando con harta oración” (carta a Lorenzo).

*¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.*

El encuentro con la hermosura. Vocablo preferido por Teresa de Jesús para hablar de la belleza. Le encanta la belleza.

Se emociona ante el arte (se gasta hasta lo que no tiene en un rastrillo para comprar un cuadro, dialoga con los pintores indicándoles pormenores). Aprecia la música (se extasía oyendo cantar y quiere que en los Carmelos se comuniquen los cantos y los poemas para alegría de las monjas; queda fascinada ante las coplas del cántico espiritual de Juan de la Cruz y manda que las copien y se gocen con ellas). Goza con la naturaleza, cosas y paisajes (“ver campo, agua, flores”, le hace vibrar; “con la diversidad de flores y canto de mil pajarillos, toda se deshacía en alabanza de Dios”. De modo especial es sensible a la belleza humana, belleza física o espiritual de las personas. Pero, sobre todas las hermosuras, le maravilla la hermosura que en ella produce la humanidad de Jesús. “Hermosura que tiene en sí todas las hermosuras” (C 22,6). “Este Señor es la cosa más hermosa que se puede imaginar” (C 26,3).

La oración: experiencia de la belleza de Cristo. Jesús es la más bella hermosura que nos puede nacer dentro. Así decía el salmista: “Me brota del corazón un poema bello... Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia” (Sal 44,1-2). “Gocémonos, Amado y vámonos a ver en tu hermosura”, dice Juan de la Cruz. “El Reino es semejante a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una de gran valor vende lo que tiene y la compra” (Mt 13, 45-46), dice Jesús. Orar es entrar en contacto con la belleza, así crece la fe. La oración es fiesta interior, que se asoma en una búsqueda de belleza en todo. “Encuentra bello todo lo que puedas... La mayoría no encuentra nada suficientemente bello” (Van Gogh, carta a su hermano Theo). “El mundo se salvará por la belleza. - ¿Qué belleza? - La belleza redentora de Cristo crucificado por amor” (Dostoievski). Tarea evangelizadora de la oración: transmitir la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. La belleza es santidad, bondad; “es más feo que un pecado”, dice la sabiduría popular.

Diálogo con la hermosura. La oración es una mirada asombrada a la hermosura del Amado, que excede a todas las

hermosuras. Teresa lo hace con el ‘oh’ admirativo, que dice más que muchas palabras. ¡Qué maravilla tan sorprendente! ¡Qué camino tan nuevo y gratuito! Dios buscando al ser humano, haciéndose historia en nuestra casa, el Esposo tras los pasos de la esposa, el yo dejándose tratar de tú. ¡Epifanía del Espíritu!

La experiencia de un exceso, de una plenitud. En Jesús siempre hay un derroche de amor. Siempre se puede ir más allá, no hay límites. Su amor hiere el corazón y lo ahonda. “Esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda e inmensa, que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro” (GE 11, Juan de la Cruz).

Un amor ensanchador que libera. El amor deshace la mentira, como el calor deshace el hielo. Del encuentro con Jesús queda como fruto el amor, que no desprecia el amor a las criaturas sino que las pone en su verdadero sitio y les da esa libertad por la que gimen. Pasamos de una mirada posesiva a una mirada gratuita, de una mirada de dominio a una de respeto.

*Oh nudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.*

La oración es un nudo. Metáfora para decir que Dios se anuda con nosotros. Unidos a la fuerza del sueño de Dios, de su alianza con la humanidad, de su pasión de amor por todos los pequeños. Con esta palabra, Teresa expresa la relación de amistad que une a la persona con Dios. El nudo en las cañas de bambú permite que no se rompan cuando llega la tormenta. Tenemos aquí una experiencia de una espiritualidad experiencial e integradora de lo humano. Integrar todo lo que somos, nuestra humanidad entera en esta experiencia de Dios. Percibir y reconocer cómo Dios se hace presente en la historia, hoy. Así oramos y vivimos: embarcados en una historia de amistad y de relación con Dios.